

meditando al reflejo
que del cielo y de tí se junta en ellas.
No busques luz, mi corazón, sino agua
de los abismos,
y allí hallarás la fragua
de las visiones del amor eterno;
allí donde no llegan del invierno
los temporales,
ni llegan cataclismos,
allí están las visiones cardinales.
Y esta misma agua mansa
que de roer los duros peñascales
jamás se cansa,
sustancia es de los cielos de que llueve,
y el cielo mismo, el cielo en que se mueve
el coro de las luces siderales,
verás, si miras bien, cómo se asienta,
y como en el vacío
la Tierra sobre el cielo se sustenta:
el cielo está á tus piés, corazón mío.

LA ELEGÍA ETERNA

¡Oh tiempo, tiempo,
duro tirano!
¡Oh terrible misterio!
El pasado no vuelve,
nunca ya torna
¡antigua historia!
Antigua, sí, pero la misma siempre,
aterradora!
siempre presente...

.....
Lo conciencia deshecha,
de la serie del tiempo
qué es lo que queda?
qué de la luz si se rompió el espejo?

.....
Feroz Saturno
¡oh Tiempo, Tiempo!
Señor del mundo,
de tus hijos verdugo,
de nuestra esclavitud lazo supremo!

Una vez más la queja,
una vez más el sempiterno canto
que nunca acaba,
de cómo todo se hunde y nada queda,
que el tiempo pasa
irreparable!
¡Irreparable! irreparable! ¿lo oyes?
irreparable!
¡Irreparable, sí, nunca lo olvides.
Vida? La vida es un morir continuo,
es como el río
en que unas mismas aguas
jamás se asientan
y es siempre el mismo.
En el cristal de las fluyentes linfas
se retratan los álamos del margen
que en ellas tiemblan
y ni un momento á la temblona imagen
la misma agua sustenta.

Qué es el pasado? nada!
Nada es tampoco el porvenir que sueñas
y el instante que pasa
transición misteriosa del vacío
al vacío otra vez!
Es torrente que corre
de la nada á la nada.
Toda dulce esperanza
no bien la tocas
cual por magia ó encanto

en recuerdo se torna,
recuerdo que se aleja
y al fin se pierde,
se pierde para siempre
Oh Tiempo, Tiempo!
Repite, mi alma, sí, vuelve y repite
la cantinela
la letanía triste
la inacabable endecha,
la elegía de siempre,
de cómo el tiempo corre
y no remonta curso la corriente.

El ay! con que se queja el que padece
de antigua pena,
es siempre el mismo,
el lamento de siempre;
repetirlo es consuelo,
en rosario incesante, como lluvia
una vez y otra y ciento...
¡Oh Tiempo, Tiempo,
duro tirano!
¡oh terrible misterio!
¡potro inflexible del humano espíritu!
Qué pobres las palabras...!
La sed de eternidad para decirnos
el lenguaje no basta,
es muy mezquino...
Terrible sed,
sed que marchita para siempre al alma

que el oceano contempla
inmenso oceano!
que nuestra sed no apaga,
sólo la vista llena,
ioceano inmenso de ondas amargas!

Imágenes? Estorban del lamento
la desnudez profunda,
ahogan en floeos
la solitaria nota honda y robusta...
Pero imágenes, sí, acordes varios
que el motivo melódico atenúen...

.....
Es la elegía que el silencio entona,
el silencio, lenguaje de lo eterno,
mientras esclava vive
la eternidad del tiempo...

.....
Hiciste añicos el reló? No basta!
Acuéstate á dormir... es lo seguro,
hundido para siempre
en el sueño profundo
habrás vencido al tiempo
tu implacable enemigo!

Ayer, hoy y mañana!
Cadena del dolor
con eslabones de ansia...

Con las manos crispadas te agarras

á la crin del caballo,
no quieres soltarla
y él corre y más corre,
corre desbocado
cuanto tú más le aprietas
con más loco paso!

No así me mascullees en tu boca
iferoz Saturno!
acaba, acaba presto, de tus horas
implacable enemigo!
cesa el moler continuo
acaba ya!

Quiero dormir del tiempo
quiero por fin rendido
derretirme en lo eterno
donde son el ayer, hoy y mañana
un solo modo
desligado del tiempo que pasa;
donde el recuerdo dulce
se junta á la esperanza
y con ella se funde;
donde en lago sereno se eternizan
de los ríos que pasan
las nunca quietas linfas;
donde el alma descansa
sumida al fin en baño de consuelo
donde Saturno muere;
donde es vencido el tiempo.

EN UNA CIUDAD EXTRANJERA

Las gentes pasan;
ni las conozco
ni me conocen.
Los unos rien,
en los otros se ve que han llerado,
y ni sé su alegría
ni sé su pena.
Vé aquí que me hallo solo
dentro del mar humano,
mar de misterio.
Se me acerca un mendigo
y con voz quejumbrosa
algo me dice que apenas entiendo
tendiéndome la mano,
y sé muy bien qué pide.
¡Oh mano humana;
universal tu lengua!
¡Oh mano de trabajos y de padioses,
madre del arte,

madre también del crimen;
de los pobres mortales
gloria é infamia!
¡Oh mano humana,
que ríes y que lloras
si te abres ó te cierras;
ya los rientes dedos derramados,
ya postradas sus yemas,
abatidos los cuatro
que son mellizos
bajo el duro pulgar que los soyuga
en crispación de ira!
¡Oh mano humana!
Riente me la tiende este mendigo,
y en su risa solloza;
con sus dedos suplica.
Su mano pide mano.
Si todos nos las diéramos
como en rueda de danza,
Dios cuajaría,
chispas de Dios darían nuestros pechos...
Se fué el mendigo
buscando lástima...

La calle se ilumina,
sonríe el cielo
y todos me parecen conocidos..
Es que ellos vienen...
ellos son él y ella...
Se miran á lo ojos,

ciegos al mundo,
las miradas mirándose.
Triunfa en ella la vida;
el aire que respira vuelve humano
desde sus labios rojos,
y en el celeste azul de sus pupilas
la luz se amansa;
bate su pecho
el compás de las cosas y los hombres.
Y él á su lado
no cabe en sí y á todos nos anima,
diciéndonos su gloria:
hé aquí el hombre!
Al bordearlos se sienten cuantos pasan
más humanos, más buenos;
uno suspira
envuelto en añoranzas del antaño...
Y ellos dos siguen,
batiendo el suelo con andar pausado,
los ojos en el cielo,
los ojos en los ojos..

Se hinche la calle
de pureza y dulzura;
parece el mar sencillo
cuando del alba en el regazo dulce
canta el salmo sereno
del eterno reposo...
En brazos de su madre
un niño viene sonriendo al mundo...

Como yo él no entiende
á los que pasan,
ni los conoce.
La manecita al cuello
de su fuente de vida
mira á Dios cara á cara y se sonríe.
Y ella, la joven madre,
sumergida en el aire en que su hijo
y todos respiramos,
mientras pasa serena,
«he aquí la mujer» decir parece.

Se hinche la calle
del más viejo misterio.
Más lentos son los pasos
de los que pasan.
Descubren sus cabezas.
Por medio de la rua,
por donde lleva el hombre
las cargas del trabajo,
y sus despojos,
le llevan al que un tiempo
reía en las aceras...
Como yo él no entiende
á los que pasan,
ni los conoce;
en su caja tendido
mira á Dios cara á cara y... goza ó duerme?

Pasa una flor humana

de colores chillones que al aire
flotan como banderas;
el rojo de amapola,
el gualda de retama,
azul de clavelina,
cabellera como una crisantema,
ojos que arden en fiebre,
carnes á todo sol y acres perfumes
de bosque en sementera.
Brinda á todos su caliz, luego se aja,
sin dar semilla.
La humana flor carnívora,
la flor de estercolero
de las ciudades;
la que chupa los tuétanos
con la inconciencia torpe del pecado.
Va encendiendo en los ojos
de los que pasan
la antorcha del deseo,
sacudiendo la carne.
Y prosiguen más tristes su camino,
sin detenerse.

Ve, se detienen, sí, porque es que vuelven,
todos sus ojos?
¿Qué así les llama
cuando ni la miseria
que tiende temblorosa mano humana,
ni el amor encarnado,
ni el alba de la vida,

ni su noche rodeada de misterio
merecen su saludo?
Un hombre de otro traje;
de otro color, de traza peregrina,
que pasa solitario
recojiendo miradas
y soñando quizás en otras tierras!
El extranjero!
Dónde nació? de dónde y á qué viene?
quién es el hombre extraño
que la costumbre rompe?
qué habrá en su tierra?
será su Dios el nuestro?
nos admira ó sonríe de nosotros?
¡Cuántas tierras, Señor, no conocemos!
¡cuántos se mueren
ignorantes del caso
que aquí á todos embarga
y hasta á los niños narran las nodrizas!

Voy á sentarme aquí, bajo este tilo,
que me recuerda al tilo de mi pueblo,
aquel que alza su copa
donde rodó mi cuna
y es él cuna de pájaros
que cantaron los juegos de mi infancia.
Memorias su perfume
me trae de aquellas gentes
que son las mías,
que conmigo se hicieron;

la patria resucita!
Se acerca un perro
que acariciar se deja por mi mano
y acepta sin repulgo
azucar que le brindo.
Y él me recuerda
la hermandad que nos ata á los humanos.
Lo que nos une
son las yerbas, los árboles, los frutos
y son las bestias
que á nuestro recio arbitrio soyugamos;
lo que nos une
no son los corazones, son las obras.
No nos brota de dentro
esta hermandad que á todos nos envuelve
y nos hace un linaje;
es nuestra obra
la que nos ciñe
y á abrazarnos nos fuerza con su abrazo.
Cada cual va dejando
de su labor el fruto
atento sólo á su menguado logro
ó á menguado renombre,
y esos frutos nos ciñen,
nos atan y nos fuerzan
á darnos el abrazo de que brota
la sociedad humana.
Tú das tu fruto,
yo doy el mío,
los cambiamos y nace

la hermandad que nos une.
Las cosas, no los hombres,
hicieron de nosotros un linaje;
es la casa que habitas
y que antes otro como tú habitara.
Ven, perro amigo,
obrero de hermandad entre los hombres,
pues tú nos unes
más que nosotros mismos nos unimos
de propio impulso.
Si algún día el amor desde el recóndito
caliz del corazón brota á los pechos,
tiembla en la boca,
irradia por los ojos,
y el hombre en ansia de hombre
busca á su hermano;
si algún día se posa
nuestra pobre hermandad en las entrañas
de cada hombre,
entonces esta fábrica
de las vastas ciudades
se ajará como flor que dió su fruto
y acabará la tierra
por ser el Paraiso.

... ajo! oigo exclamar, vuelvo la cara
al sentir que me rompe
la soledad ese brutal acento;
la patria me saluda
con su voz más doméstica

cuando en ella soñaba
mecido en el aroma de los tilos...
... ajo! Es la patria
la que encontramos hecha,
la que vive, la histórica, es España...
Bien, y la otra?
Adios, tilo agorero,
adios, perro mi amigo,
vuelvo á la muchedumbre
que no conozco
ni me conoce.

Porto, 1 y 2 VII 1906

CANTA LA NOCHE

Asomándose al cielo de la selva
escuchan las estrellas en silencio,
del ruiseñor el canto, voz alada
de las entrañas de la noche augusta.
Cantan amores al abierto cielo
que cierra el sol, al alba, con sus llaves
de oro encendido; cantan las tinieblas.
Canta la noche; arrulla el sueño dulce
de los rendidos hijos de la vida
y en su regazo los acoje á todos
bajo una sola manta negra y suave.
Sombra no se hacen entre sí los seres,
ni luchan por la luz; todos se abrazan
en el regazo de la buena madre.
Canta la noche; arrulla el sueño dulce
de los rendidos hijos de la vida;
canta la noche, y con su canto vierte
un dulce olvido en los llagados pechos;